

Ana Alonso

La aventura del Octopus

Ilustraciones
de Max Hierro

ANAYA



PIZCA DE SAL



1.ª edición: marzo 2015

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2015
© De las ilustraciones: Max Hierro, 2015
© De las fotografías de cubierta: Thinkstock/Getty Images
© De las fotografías de las fichas: Archivo Anaya
(Candel, C.; Cosano, P.; Redondo, M.)
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
www.anayapizcadesal.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:
Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-678-7122-7
Depósito legal: M. 1446/2015
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

La aventura del Octopus

Ilustraciones
de Max Hierro



ANAYA

CAPÍTULO 1

A Javier le encantaba ir de vacaciones a casa de su prima Claudia. Ella y sus padres vivían en un precioso chalé a la orilla del mar, en un rincón rocoso y tranquilo de la costa mediterránea. La casa tenía un jardín donde se mezclaban los jazmines y las palmeras, y unas escaleras de piedra que bajaban directamente a la playa de guijarros blancos.

Todos los años, Javier pasaba el mes de julio con Claudia y con sus tíos. Su tía Miranda y su tío Nicolás no eran de esas personas que se empeñan en organizarles a los niños cada minuto del día. Les dejaban muchísimo tiempo libre para jugar, y la única condición que les ponían era que no se pasasen el día entero dentro de casa viendo la tele o jugando a videojuegos.



La tía Miranda era inventora profesional. Se pasaba la mayor parte del día encerrada en su taller, trabajando en los artefactos que construía. El taller tenía un portón que daba directamente a la playa, y ni siquiera Claudia podía entrar en él sin permiso, porque estaba lleno de artilugios secretos. El tío Nicolás tampoco entraba nunca. Lo suyo era la música. Tocaba el violín, y formaba parte de una famosa orquesta. Cuando no estaba de gira, dedicaba horas y horas a ensayar con su instrumento en su estudio, que se encontraba en una construcción separada de la casa.

Aquel era el cuarto verano que Javier pasaba con Claudia y con sus tíos. Y prometía ser como todos los demás: mucho sol, muchos baños de mar, algún que otro videojuego, y muchas historias contadas a media voz cada noche en el jardín, a la luz de la luna.

En definitiva, un verano tranquilo. Hasta que ocurrió algo que lo cambió todo.

La culpa la tuvo Mina, la gata de Javier. Sus padres no querían que la llevase a casa de Claudia, pero Claudia quería conocerla, así que al final Mina viajó con Javier a la casa de la playa.

La verdad es que se adaptó muy rápido a su nuevo hogar. Todas las mañanas se iba ella sola a

investigar cada rincón del jardín, y los niños no volvían a verla hasta bien entrada la tarde.

A Mina le encantaba subirse al tejado de la casa y pasear silenciosamente sobre sus tejas verdes. También parecía disfrutar mucho de las cenas familiares en el porche: se sentaba en una silla como una invitada más y escuchaba muy atenta las conversaciones de la familia.

Lo que no le gustaba nada, nada, era el mar. El agua le daba miedo. Cuando Javier se empeñaba en cogerla y asomarse con ella a la escalera de la playa, a la pobre Mina se le erizaba todo el pelo y se ponía a temblar.

Javier no lo entendía. ¡Con lo que a él le gustaba saltar sobre las olas y chapotear salpicando a todo el mundo! Le daba mucha pena que Mina no disfrutase de algo tan maravilloso, así que una mañana la cogió en brazos y se empeñó en bajar con ella a la playa.

Claudia, que iba detrás de ellos, no las tenía todas consigo.

—Es mala idea, Javier —iba diciendo—. Los gatos odian el agua: les pasa a todos. No puedes empeñarte en que Mina sea diferente.

—¿Y por qué no? —preguntó Javier, tozudo—. Es una gata muy especial. Es listísima, y siempre

está aprendiendo cosas nuevas. ¿Por qué no va a aprender a disfrutar un poco del agua?

Pero sí, al final se demostró que había sido una mala idea.

Con cada paso que Javier daba hacia el mar, Mina se iba poniendo más y más rígida. Todo su cuerpo estaba en tensión.

Cuando Javier metió los pies descalzos en el agua, Mina lanzó un aullido salvaje y saltó de sus brazos, arañándole sin querer en la mano izquierda.

—¡Mina, me has hecho daño! —gritó el niño, enfadado.

La gata salió disparada en dirección contraria al mar, pero, en lugar de subir las escaleras, Javier vio cómo se colaba bajo el portón del taller de Miranda.

Claudia y Javier se miraron.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Javier—. Tu madre se enfadará si entramos.

—Ya, pero tenemos que sacarla de ahí, no sea que tire algún invento y lo estropee.

Claudia presionó el picaporte hacia abajo y el portón se abrió con suavidad. Entraron.

Dentro del taller reinaba una agradable penumbra. Solo algunos rayos de sol se filtraban por las claraboyas del techo.



Había muchas cosas curiosas allí dentro: relojes antiguos, cajas de música, y hasta una bicicleta con alas de tela. Pero lo que más llamaba la atención era una enorme cápsula en forma de huevo y pintada de amarillo, con pequeñas ventanas redondas.

—¡Un submarino! —exclamó Javier, asombrado.

—Es el Octopus. Mi madre lleva dos años trabajando en él. Es su gran proyecto secreto. Pero venga, vamos a buscar a Mina. ¿La ves por algún lado?

Justo en ese momento oyeron un maullido que venía del interior del submarino.

—No me lo puedo creer —murmuró Claudia—. ¡Se ha metido en el Octopus! Pues tenemos que sacarla de ahí como sea.

Claudia abrió con mucho cuidado la portezuela metálica del submarino. Los rayos del sol no llegaban a su interior, así que todo estaba oscuro.

—Mina —susurró, entrando en el aparato—. Mina, bonita, ven conmigo.

Javier entró detrás y chocó con Claudia.

—¿Dónde se dan las luces? —preguntó.

—No lo sé. Y más vale que no toquemos nada, no sea que...

Demasiado tarde. Javier acababa de presionar el primer botón que se encontraron sus manos.

Se encendió una luz azulada que iluminó el confortable interior del Octopus. Había unas literas, una pequeña cocina y hasta un baño en miniatura. Pero la mayor parte del espacio lo ocupaban un montón de paneles llenos de bombillitas de colores que brillaban y parpadeaban por todos lados.

De pronto empezó a sonar una sirena tan estruendosa como la de una ambulancia. Javier se tapó los oídos.

—Tenemos que salir —gritó Claudia—. ¡Si no, la vamos a liar!

—Pero no podemos irnos sin Mina —gritó Javier por encima de los aullidos de la sirena—. ¡Mina! ¡Por favor, Mina, aparece!

La gata asomó la cabeza sobre uno de los paneles inclinados y llenos de luces.

—Mejor que no se mueva, no vaya a darle a algún botón —dijo Claudia—. Voy a buscarla.

Justo en ese momento la alarma dejó de sonar. Miranda acababa de entrar en el submarino, y los miraba enfurecida.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo? Esto no es un juguete, Claudia, te lo he dicho miles de veces.

—Lo sé, mamá —contestó Claudia—. Pero es que...

Su dedo tembloroso apuntó hacia Mina, que se había sentado sobre el panel.

Al ver a la gata, Miranda se puso muy pálida.

—¿Qué... qué hace esa gata encima del sistema de compresión? —balbuceó—. Mina... ¡Ven aquí ahora mismo!



La gata, asustada, corrió sobre el panel inclinado, pisoteando un montón de botones.

Una voz robótica empezó a hablar.

—Sistema de compresión activado. Secuencia de iniciación en marcha. Sellado de puertas comprobado. Portón abierto. Diez, nueve, ocho, siete, seis...

—¿Qué está pasando? —preguntó Claudia mientras la voz continuaba con su cuenta atrás.

Miranda miró a su hija con ojos asustados.

—Que el viaje ha comenzado —contestó gravemente—. Y es un viaje para el que el Octopus no estaba preparado todavía.

La aventura del Octopus

Miranda es inventora y ha creado un submarino, el Octopus, que puede encogerse hasta un tamaño microscópico y seguir una gota de agua a través de su ciclo. Pero todo se complica cuando su hija Claudia, su sobrino Javier y la gata Mina entran en el Octopus y lo activan por error, emprendiendo una aventura que los llevará a enfrentarse a toda clase de peligros.

Con este libro aprenderás...

Muchas cosas acerca del ciclo del agua.



PIZCA DE SAL

¡Para hacer más sabrosa la lectura!

A partir de 8 años

